El pensionista

Esta es la ciudad de Río Gallegos, en el extremo sur de la Patagonia. Este es mi pueblo de soles indecisos. Este es un barrilete arrancado por el viento de las manos de un niño. Esta chilena petisita que cocina empanadas de carne fritas en la Bosio, es María, mi bisabuela. Este gigante es Gabino, mi bisabuelo. Hombreaba bolsas en el puerto. Mirá: ahí está Gabino construyendo la casa de chapa y madera. Este de los bigotitos a lo Charles Bronson es Delfín, apareciendo con su valijita en mil nueve sesenta en la casa de mi bisabuela a pedir pensión. Acá Delfín tiene diecisiete años y viene de Chile a buscar trabajo. Tímido Delfín, calladito. Pero sabés que tocaba el acordeón como todos los pájaros del mundo. Ahí están todos borrachos bailando cueca en el patio, entre flores y corchos. Esto debe de haber sido para un primero de enero. Todos los vecinos meta pasodoble. Mirá que linda Elsa. Ella era la hija de María y Gabino. Era enfermera ella. Y ese con la botella es Roberto, el hijo varón. Ese que sonríe con el acordeón es Delfín. Elsa bailando y a Delfín que le brillan los ojos. Es increíble cómo pasaron los años y Delfín que se fue quedando en la casa de María, en la casa de Elsa y de Gabino y de Roberto. Para María y Gabino era un hijo más. Y para Roberto un hermano. Y para Elsa. Para Elsa quizás también.

Pasaron los años. Primero murió Gabino, después Roberto. Temprano. Tempranito. Y ahí quedó Delfín, con María y con Elsa. Ahí Delfín, el pensionista que por no molestar el descanso de su amigo, de su hermano Roberto, no volvió a tocar el acordeón. Dicen que desde la noche que murió Roberto el acordeón duerme en un ropero. Calladitos quedaron los pájaros del mundo. Acá Delfín con Elsa y María. Acá Delfín llevando a la abuela al médico. Acá yendo a hacer las compras. Siempre tímido, sentado en esa silla de cuerina al costado de la Bosio, o en el sofá medio desarmado en la entrada de la casa. Siempre adentro y afuera. Acá, dándole de comer al canario. Siempre adentro y afuera.

Y siempre soltero Delfín. Nunca se le conoció una novia, sabés. A Elsa tampoco. Siempre soltera la Elsa. Mirá ahí cómo se ríen los dos.

Después se enfermó Elsa.
Ahí se lo ve triste a Delfín.
Después se enfermó María.

Es raro, porque Delfín había logrado comprarse una casita en el pueblo, hacía ya muchos años. Pero nunca se fue a vivir ahí. Prefirió seguir siendo el pensionista hasta el final.

Ellas, Elsa y María, hija y madre murieron casi juntitas.

Y ahí está Delfín, el pensionista, abandonando la casa para siempre.

Y ahí, poniendo flores en la tumbas del amor.
Qué silencioso este Delfín que sigue sin hablar.
El acordeón callado, lleno de abrazos y secretos.

Los inventores de la poesía

Esta es la ciudad de Neuquén, en la Patagonia. Estas son las vías del tren. Esa era mi escuela. Mi aula de sexto grado. Mis compañeritos. Margarita era más bella que la luna. Mirá esos ojos silvestres. Este de la sonrisa es Gonzalo Montes. Creo que venía del norte. De Salta o de Jujuy. Mirá: ahí está Gonzalo construyendo una raqueta de tenis con ramas de árboles frutales. Acá armando una pelota de trapo. Los nenes ricos del barrio, que no pisaban la vereda si no era con un par de Nike, se reían de Gonzalo. Gonzalo se reía de ellos. Compraba cinco caramelos y te daba cuatro. Tenía una sonrisa desnuda y amplia como un atardecer.

Margarita vivía con su madre y su padrastro al lado de la escuela, en una pequeña casa que estaba pegada al aula de sexto grado. Gonzalo vivía justo enfrente.

Una tarde, en un recreo, Gonzalo me pidió que escribiera un poema para Margarita. Le quería regalar un poema. Yo nunca había escrito un poema, pero Gonzalo me vio cara de poeta y me encomendó esa tarea. Recuerdo que estuve una noche sin dormir buscando las palabras, pensando en Margarita. Esa noche descubrí para siempre la poesía.

Al otro día, Gonzalo le regaló el poema. Pronto se pusieron de novios. En el barrio eran los más envidiados. Se daban lindos besos. Y en la escuela se miraban con ojos brillantes.

Pasaron los meses, y cerca del final de año, un día que Margarita había faltado a la escuela, escuchamos el ruido de las sirenas y el patrullero. Todo el sexto grado se pegó a las ventanas. Era en la casa de Margarita. Ahí estamos todos los chiquitos preguntando a la seño qué había pasado.

Después supimos: el padrastro la tocaba cuando mamá no estaba, y le imponía su silencio.

Ahí está Gonzalo como sin brillo.
Y Margarita no aparece más.

Pasó el verano. Cuando empezaron las clases, en séptimo grado no estaban Margarita ni Gonzalo. Ella se había mudado con su mamá a otro barrio. Y motivos laborales habían trasladado a la familia de él, de nuevo para el norte. En la escuela nadie tenía más información que esa.

Yo igual, por muchos años, seguí yendo a golpear la puerta de Gonzalo. Nunca me atendió nadie parecido a él.

Me pregunto qué será de la vida de ellos. Ninguno figura en ninguna guía. Me pregunto por la sonrisa de Margarita, por esos ojos de agua buena. Si habrá vuelto a amar, alguna vez a alguien. Me pregunto por Gonzalo. Si seguirá jugando con pelotas de trapo. Si seguirá fresco y generoso como una mañana de primavera. Si seguirá besando. Si seguirá marcándole el camino a la gente.

Hoy quisiera darles gracias,
hermanitos. Gracias.
Para mí que son ustedes
los inventores de la poesía.

Arte poética

Una vez le preguntaron si se había preguntado para qué sirve escribir. Y él respondió: "Por supuesto. Uno se pregunta si no es una tarea inútil la nuestra, eso de escribir fatigosamente, de atornillarse a un silla sin saber si vamos a trascender ese acto individual y llegar a un público. A veces ocurre que las ganas de escribir son como una enfermedad y uno escribe para curarse. He dicho muchas veces que yo no escribo la Historia sino las historias de las gentes, de los hombres concretos. Escribo para rescatar hechos, para rescatarme a mí mismo. Podría decirles más: creo que toda mi obra es una obsesiva lucha contra el tiempo, contra el olvido de los seres y las cosas. Uno siente que envejece, que se va y quiere que algunas cosas, de alguna manera, permanezcan."

En otra ocasión, acerca del compromiso en la literatura dijo: "A veces se habla de compromiso únicamente en términos políticos, como si el escritor debiera ser solamente el portaestandarte de una causa política. Uno se puede comprometer con un sistema político, pero también con un drama individual, por ejemplo el de un hombre que padece una enfermedad o un drama amoroso. El hombre en su totalidad es una causa. Mucha gente habla de revolución y olvida que las revoluciones las hacen los tipos concretos. En mis novelas quise hacer radiografías de los hombres del montón, jodidos por esta sociedad, castrados en sus posibilidades de elegir (...) Sigo creyendo que es una torpeza fijar de antemano el tipo de literatura que uno debe escribir. No puede haber otra preceptiva más que la que surge de la honestidad con uno mismo."

Haroldo Conti, ese hombre concreto, creía –como muchos de nosotros– que las pequeñas personas concretas guardamos pequeñas verdades concretas que merecen ser rescatadas de la gran mentira universal.

Lorca no llega

"Ningún hombre verdadero cree ya esa zarandaja del arte puro, arte por el arte mismo. En este momento dramático del mundo, el artista debe llorar y reír con su pueblo. Hay que dejar el ramo de azucenas y meterse hasta la cintura en el fango para ayudar a los que buscan azucenas."

Federico García Lorca
en sus últimas declaraciones a la
prensa, publicadas en El Sol de Madrid
el 10 de julio de 1936, pocas semanas
antes de su asesinato.

Lorca no llega.

Acá se lo espera con el barro a la cintura, pero no llega.
Con la mirada perdida en el horizonte se lo espera. Pero los puntitos esperanzadores al cabo se convierten en ilusiones,
grotescas realidades de carne y hueso,
que afirman que las azucenas no existen,

que lorca no existe,
que el mundo está y estará frío hoy y siempre:
en todos sus atardeceres.

Hoy conocí a un pibe de once años que se llama Sebastián
y que no se cansa de repetir que estamos en tiempos de
dolor y de abandono.

Después supe: Sebastián vive con cinco hermanos y una
madre en una casa de tres por tres.
Que su padre alcohólico mató a su cuñado hace un tiempo.
Que al viejo hace unos días lo encontraron garchando
con la novia de su hermano.
Que ahora su mamá está embarazada otra vez,
ilusionada con que el papá cambie para siempre.
Mientras papá sigue tomando vino.

En un poema que escribió en la escuela, Sebastián grita:
"El sol tiene que volver a salir"

El niño intima al sol.

Y más le vale al sol que salga, porque acá hay gente
enojada, juntando piedras a un costado del alma.
Y más le vale a lorca que llegue.
Que exista.
Que existan las azucenas.

Y que existan pronto.
Porque si no existen,
acá
alguien
las va a inventar.

Inventario

Yo nací tocando fondo y mirando al cielo.

Hoy me queda una estufa.

Mi abuela asaba un cordero en la bosio
y hacía transpirar todas las ventanas.

En esos vidrios empañados aprendí a escribir,
sobre la pizarra negra del cielo,
sobre la pizarra de las noches bajo cero,
sobre el humo del cordero.

Yo salía al patio en las noches estrelladas,
bajo la helada daba vueltas como un trompo
mirando el cosmos,
la vía láctea girando sobre mis ojos.

Universo giratorio.

En los bolsillos me quedan dos agujeros.

Una montaña de carbón junto a las vías del tren.
Una casa de chapa habitada por un hombre ciego y su mujer.

Todo el cielo del sur.
donde no anidan los enjambres.

¡Ah! La soledad que todo lo abarca.
Y las bolsas de plástico elevándose hacia el infinito.
Bolsas que giran.

Hoy soy una de esas bolsas aleteando hacia ningún lugar.

Tanta nube suelta.
Tanto tanque petrolero

Algún que otro abrazo.
Chispas en la nada.
(. . .)
La luna estruendosa en el océano que ronca.
Aire que subleva las venas de los marzos de mi vida.

Y siempre los ojos en la vía láctea.

Estrellas que giran.
Universo que gira,
sonrisas que giran,
cenizas que giran,
botellas que giran y se rompen,
dientes de león que giran,
corchos que giran,
luna que gira,
cuerpo nadando que gira.

Mar giratorio,
amor giratorio.
Cielo rodante en el eje de todos los momentos.

Ante tus flores

Un pájaro sin tiempo trina en mis orillas y se pierde.
Es el anuncio.

Está clareando.

Aquí estás,
Aquí estabas.
Aquí estuviste siempre.

Se abren las puertas del cristal.
Se trizan los filtros sucios de la percepción.

Estás baldeando, como una madre,
con toda tu violencia,
el interior de la realidad.

Ahora sí que no tengo cómo perderme.

Me arrodillo ante tus flores amarillas
y les digo gracias.

Ediciones Desmesura
pablojaviergil@yahoo.com.ar
Nº45 - Abril de 2015
San Carlos de Bariloche

PALABRAS
GONZALO VERA

ILUSTRACIÓN
CHINGOLO CASALLA

S. C. de Bariloche 45 Año III - Abril 2015